

CARNIVALE, DANIEL KNAUF, 2003-2005

Javier Sánchez Siverio

Universidad de Sevilla

“Cada profeta en su tierra...”

Si algo se puede sacar en claro de la efímera *Carnivale* es que sirvió como antesala para las series de ficción que, una década después, están en su máximo apogeo ofreciéndonos productos de géneros muy diversos. Su argumento nos relata la lucha constante entre el bien y el mal, nada nuevo o realmente original para una historia que lleva contándose desde que el hombre tienen memoria, pero sí que adopta una perspectiva nunca vista hasta ahora: el viaje de una feria errante a través del sur de EE.UU. en plena depresión de los años 30. Con este circo de freaks a lo Tod Browning, va la figura de un ‘elegido’, un mesías que reniega de su clara condición divina, un chaval con el poder de sanar como también de quitar la vida. El camino que lo llevará a su propia aceptación discurre en paralelo con la situación de un predicador religioso cuyo espíritu acaba corrompiéndose por obra y desgracia del entorno que lo rodea, convirtiéndose así en una némesis infernal. Cielo e infierno, destino y libre albedrío, génesis y apocalipsis juegan sus cartas en una serie que antecede a tantas otras que tienen en su haber el mismo esquema argumental, la eterna batalla entre lo que está mal y lo que está bien, y cómo a veces para lograr un bien hay que hacer un mal o viceversa, elemento de éxito que le sirvió a series posteriores como la tan polémica *Lost* (Perdidos), por poner un ejemplo.

La eterna batalla

No obstante, también sufrió en sus carnes lo que este mundillo televisivo de incomprendidos nos puede -por desgracia- dar, es decir, la aterradora sombra de la cancelación, y es que las aventuras de los personajes creados por David Knauf llegaron a su fin tras dos enormes temporadas a pesar de que su primer capítulo obtuvo el mejor índice de audiencia en su historia para la cadena HBO. El mayor de

los problemas a los que se enfrentó *Carnivale* fue el incremento del presupuesto capítulo tras capítulo en contraposición con el gradual descenso de una audiencia feroz. Esto es perceptible si nos fijamos en el baile de personajes secundarios que aparecen y desaparecen por arte de magia a lo largo de las veinticuatro horas que dura el producto completo y que dejan entrever no pocos problemas en su producción. Incluso cuando el aplauso de la crítica era al unísono, ello no sirvió para una renovación, ni tan siquiera para llegar a las seis temporadas previstas.

Carnivale nació en una época donde la mentalidad americana regurgitaba miedo a lo desconocido, un pánico a todo lo que viniese de fuera que se reflejaba en un consecuente odio visceral y un absoluto control de libertades y pensamientos. Una crisis muy diferente a la del 29, pero al fin y al cabo, una crisis más. Estamos en el año 2003 y los atentados del 11-S todavía hacen mella en la población, incapaz de olvidar con un gabinete político como el de Bush hijo, presidente de dudosa tacha cultural como adicto al petróleo y la guerra con la excusa bíblica de que es un acto de justicia y necesidad. Esta doble y hasta triple moral tan arraigada en el ADN del norteamericano consigue sembrar un germen de crítica y análisis desde los sectores más liberales, pero también la consecución de otro tipo de productos en una línea más conservadora y hasta dogmática. *Carnivale*, sin embargo, juega con el espectador en una irresistible metáfora continua sobre las ambigüedades de la sociedad americana y sus valores: El dinero como elemento que todo lo puede; la violencia como fin que justifica los medios; la figura de los falsos predicadores; la religión como dogma para manejar a las masas; los medios de comunicación como manipuladores de la verdad; la creación de líderes y su aterradora idealización; el afán por el espectáculo en todas las disciplinas y contextos posibles; la familia como raíz primordial e indisoluble...

Todo ello es ofrecido en esta serie desde un punto de vista que juega entre lo grotesco y lo sático, lo puramente crítico como simplemente analítico, es como si David Lynch hubiera hecho el amor con Todd Browning y concebido un hijo que no sabemos si es Dios o es el Diablo, si podemos amarlo u odiarlo, si seremos bendecidos o condenados. Con un empaque técnico que le sirvió para elevarse a eso que llaman 'de culto', de exquisita fotografía y lograda dirección artística, esta epopeya a través de infinitos desiertos y ciudades imaginarias como *Babylon, New*

Canaan o *Damasco* -que tienen su clara referencia bíblica-, de escenarios lúgubres y transeúntes que dan más miedo aún, de ciertos aspectos sobrenaturales en comparación con una realidad nauseabunda como pocas veces se ha visto llevar tan bien, hacen de *Carnivale* una serie referente en la que cada personaje, plano, secuencia o línea de diálogo tiene su especial importancia por la cantidad de subtextos que fluyen sin que nos demos cuenta. La fuerza de su narrativa también viene dada por un excelente trabajo de actores, siendo a mi parecer los más destacables Michael J. Anderson como el enano *Samson* (que aparecía en *Twin Peaks*) y Clancy Brown como el *Hermano Justin*, la némesis todopoderosa a la que tiene que hacer frente un *Ben Hawkins* interpretado por un mediocre Nick Stahl que nunca parece amoldarse a su rol mesiánico, aunque esta regla de protagonista odioso que se lo comen con patatas fritas los secundarios se puede extender a la mayoría de series de televisión como también en el cine.

La única lástima es que jamás sabremos cómo hubiese continuado una trama de haber una tercera temporada, una línea argumental que empezaba a entroncar con la temática de lo familiar, la herencia, el legado del padre y de la madre, y ciertos aires incestuosos que se llevaban vislumbrando desde su inicio -¿por qué no?- y que nos dejaba con la miel en los labios en un cliffhanger descomunal, con la imperturbable *Iris* (hermana de *Justin*) observando desde la ventana de su casa cómo *Sofie*, la aparentemente humilde chica de este cuento, había sido poseída por el mal e intentaba revivir otro mal que parecía ya muerto...

En definitiva, una vez más parece que el sentido común es el menos común de los sentidos. La audiencia habló y habló para mal. Como ya ha hecho con otras tantas que no se merecían el castigo de la cancelación. Una pena, oigan.